

16 Junio 76
17640

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

MAS VALE MAÑA
QUE FUERZA,

PROVERBIO EN UN ACTO,

IMITADO DEL FRANCÉS

POR

D. JOAQUIN ESTÉBANEZ.

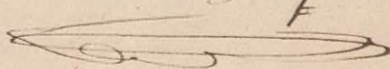
TERCERA EDICION.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA,

PROVERBIO

ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA DE MADRID,
Á 26 DE NOVIEMBRE DE 1866.

José Rodríguez


HAZ VALER MÁS QUE EN UNO

GOVERNIO

ESTADO DE LOS REYNO DE LA NACIÓN DE ESPAÑA
A 20 DE JUNIO DE 1880

MÁS VALE MAÑA QUE FUERZA,

PROVERBIO EN UN ACTO,

IMITADO DEL FRANCÉS

POR

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ.

TERCERA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO 18.

1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELISA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
JUANA.....	DOÑA MATILDE DIEZ.
ANTONIO.....	DON MANUEL CATALINA.
MIGUEL.....	DON JUAN CASAÑER.

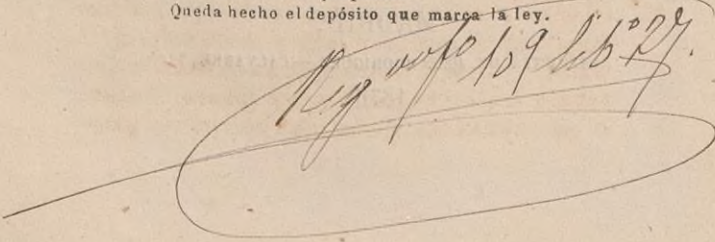
La comedia francesa de que es imitacion la presente, titúlase *La diplomatie du ménage*, y se estrenó en París, en el Teatro Francés, á 6 de Enero de 1852.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO ÚNICO.

Habitacion decorosamente amueblada. Á la izquierda una chimenea, y sobre ella un espejo; dos butacas al lado de la chimenea; un balcon: á la derecha dos puertas; un piano; un velador con un quinqué encendido, un costurero, libros y otros objetos; puerta en el foro.

ESCENA PRIMERA.

ELISA.

Está sentada cerca del velador, con un pañuelo blanco en la mano.

Las nueve y media. (Mirando el reloj.) Las nueve y media y no vuelve aún. Todo el día ha estado inquieto, receloso; no bien acabamos de comer, se fué á la calle, diciéndome tan sólo un adios más frío que la nieve... Si hubiese empezado ya á perderme el cariño!... Tan pronto! Qué infundado recelo! Sin embargo, Miguel y Juana se casaron al mismo tiempo que nosotros, y á estas fechas no se mueren ciertamente de amor. Si, pero Juana tiene un carácter insufrible, quiere esclavizar á Miguel, y yo, por el contrario, nunca he reñido con mi Antonio, jamás le he dado el menor disgusto. Desdicha es que vivan en esta misma calle: así rara vez trans-

curren veinticuatro horas seguidas sin que alguno de ellos venga á referirnos sus desventuras, y Antonio pudiera al fin contaminarse con el ejemplo de un matrimonio tan mal avenido. Soy injusta con él. Siempre me querrá... Siempre? No haberse acordado de que hoy es el segundo aniversario de nuestro enlace... Bah! Los hombres tienen tantas cosas en que pensar! Bien podí yo haberle dicho: «Eh, amiguito, que hoy hace años que nos casamos.» Pero ¡cá! Más de cien veces habré intentado decírselo y nunca me lo consintieron la lengua ni los ojos: muda la una; demasiado habladores los otros con lágrimas intempestivas. Le hallaba serio, meditabundo: me trataba con tibieza y despegó por la primera vez de su vida... Y es lo cierto que ha llegado la noche, y aun tengo aquí este pañuelo que había bordado para dárselo hoy. Válgame Dios: un día que yo esperaba que fuese tan alegre!... No hay que apurarse: todo se arreglará. Sí: durante la cena que le tengo preparada... Llaman. Él será. Qué tontería! Al sentirle volver á casa, me late siempre el corazón. Que halle bien encendida la chimenea. (Echa leña en la chimenea, y sopla con un fuelle.) Traerá frío. (Óyense voces confusas.) No, pues no es él.

ESCENA II.

ELISA y JUANA.

- JUANA. No sabe usted que para mí siempre está? (Dentro.)
ELISA. Es Juana. Á estas horas...
JUANA. Quitese usted de en medio, tonto. (Dentro.)
ELISA. Qué fastidio!
JUANA. Ay hija, qué criado el tuyo tan mal criado! (Entrando por la puerta del foro muy sofocada.) Milagro ha sido que no le dé un empujón.
ELISA. Como no me gusta recibir á nadie de noche estando sola...

- JUANA. Bueno y santo que no hubiera dejado entrar á un hombre; pero á una mujer, á una amiga... Es muy bruto, hija, ¡muy bruto! Sabes á lo que vengo?
- ELISA. Ciertamente que no.
- JUANA. Difícil es que te imagines... Pero á ver, criatura, dame una silla, que no puedo tenerme en pié. (Con brusca energía.) Ay! (Suspirando con languidez y dejándose caer en una silla que Elisa le acerca.)
- ELISA. Te sientes mala?
- JUANA. Jesús, muy mala! (Con afectado abatimiento.) Ni sé yo cómo hay una sola mujer con vida. (Con repentina cólera.) Qué hombres! Qué hombres tan malditos! (Haciéndose aire con un abanico de chimenea, que toma de encima del velador.)
- ELISA. Pues ¿que ocurre?
- JUANA. Nada... Friolera... Uf! Qué calor hace esta noche! (Se levanta abanicándose muy de prisa, y anda aceleradamente por el escenario.)
- ELISA. Calor? En el mes de febrero?
- JUANA. El que tiene ira, está siempre en agosto.—Oye. (Parándose de pronto.) Desde la infancia nos conocemos, á un tiempo fuimos novias de hombres á quienes por su íntimo trato llamaban los inseparables, nos casamos con ellos el mismo día; y estas circunstancias, en mi opinión, deben inducirnos á proceder de acuerdo en nuestra conducta de mujeres casadas, y á prestarnos mutuamente ayuda contra los enemigos.
- ELISA. Los enemigos?...
- JUANA. Nuestros maridos: lo mismo da.
- ELISA. Ah!
- JUANA. Oh! (Remedándola.) Pues has de saber por la mayor ventura del mundo que Miguel es un grandísimo bribon...
- ELISA. Aprensiones tuyas.
- JUANA. Y Antonio otro que tal.
- ELISA. Ni de chanza me gusta oír...
- JUANA. Sí, que yo soy chancera. Porque siempre está haciéndote mimos y carantoñas te parece un bendito. Del agua

mansa nos libre Dios, dice el refran. Esos hipócritas y cazurros tienen el demonio en el cuerpo.

ELISA. (Hasta cuándo pensará estarse aquí?) Con tanto hablar, aun no me has dicho la causa de tu venida.

JUANA. Á eso voy; pero dame ántes una silla, si no quieres que me caiga redonda. (Elisa acerca una silla á Juana, que ahora estará en lugar diferente del que ocupaba al principio de la escena.) Gracias. (Sentándose.) Entiendes de pulso?

ELISA. No. (Con sequedad.)

JUANA. Debo tener un poco de destemplanza. Como soy tan nerviosa, cualquier disgusto me pone fuera de mí.

ELISA. Acabarás de explicarme qué ha sucedido?

JUANA. Verás. Ya con el sombrero en la mano para irse á la calle, hará poco más de una hora, me dijo Miguel que el Ministro de la Gobernacion le tenía citado para esta noche á las doce, y que á las diez y media volvería á casa á vestirse, advirtiéndome que los ministros suelen citar á las doce y recibir á las tres ó las cuatro de la madrugada. Mira qué gracia de ministros. Se le ha puesto ahora entre ceja y ceja ser diputado. Para qué quería yo más dia de fiesta. (Levantándose.) Bastantes discusiones tenemos en casa. Lo de la cita del ministro no me dió, sin embargo, muy buena espina. Sigo la máxima de que las mujeres no deben creer nada de cuanto digan sus maridos. Pues no bien se marchó, entré en su cuarto, abrí un cajon de su mesa... El muy tonto los deja siempre cerrados; pero como contra siete vicios hay siete virtudes, yo, contra siete llaves que cierran, tengo siete que abren.

ELISA. Muy mal camino sigues, Juana.

JUANA. Así descubriré algo de lo que me quiera ocultar.

ELISA. Y ¿por qué ha de querer ocultarte nada?

JUANA. Porque no hay marido en el mundo que no tenga algo que ocultar á su mujer. Cosa más sabida!... Qué gusto el mío si le pillara alguna cartita de amor!

ELISA. Sin duda que pasarías un rato muy divertido. (Con ironía.)

JUANA. Y ¡qué buen sofocon le había de dar!

ELISA. Y ¿qué lograrías con eso? vamos á ver.

JUANA. Dársele.

ELISA. Y luégo, Juana, y luégo?

JUANA. Luégo le daría otro.

ELISA. Considera que la prudencia es virtud que una buena esposa debe ejercer á toda hora con afán incansable: considera que el vínculo del matrimonio liga indisolublemente al marido y la mujer como si los convirtiese en una sola persona.

JUANA. Ay hija, si algunas veces me oyeras reñir, creerías que mi marido y yo somos un batallón. Pero como iba diciendo, abrí un cajón de su mesa y encontré esta cartita. (Enseñándole una carta.) Conoces la letra?

ELISA. De Antonio.

JUANA. Del mismo que viste y calza. Léela.

ELISA. Esa carta no es para mí.

JUANA. Cuánto repulgo de empanada! (Leyendo.) «Querido Miguel: Anoche con tus bromas me hiciste pasar en el »café muy mal rato. Si me negué á ir hoy al baile de »máscaras del teatro Real, no fué por temor de enojar á »Elisa, sino porque á mí esas diversiones me gustan muy »poco. Despues, sin embargo, he cambiado de idea: pá- »sate por aquí á las once, y juntos iremos en busca de »Mendoza y Valdés. Tuyo, Antonio.» Eh, qué te parece?

ELISA. Sea todo por Dios. Lo siento.

JUANA. Sea todo por Dios. Lo siento. (Remedándola.) Tu flema es singular. Truena como yo, y hagamos siquiera uso del derecho de pataleo.

ELISA. Y ¿por qué he de enojarme? Lo siento, porque preferiría que se estuviese aquí conmigo, y porque esta noche precisamente se me había ocurrido prepararle una cena, sin que él lo supiese; pero si quiere irse á las máscaras, váyase enhorabuena y cumpla su gusto, que en eso cifro yo mi ventura.

JUANA. No es posible oírte sin que se le encienda á una la sangre. Á fe que si no llevaras ya dos años de casamiento, cualquiera diría que estás enamorada de tu

marido.

ELISA. Y cualquiera que lo dijese diría la verdad. No es ciertamente mi cariño amor de melodrama, rabioso y alborotador, capaz de buscar remedio á sus desdichas en un puñal ó en una caja de fósforos de Cascante, pero léjos de entibiarse con el trato íntimo y diario de marido y mujer, halla en él su más firme apoyo, su incentivo más eficaz; y si no tengo venda en los ojos que me impida ver los defectos del ser amado, tengo en cambio paciencia y resignacion para sufrirlos sin disgusto: ántes bien con satisfaccion y alegría. Amor es el mío, como ves, muy plebeyo y prosaico, amor á la pata la llana, que sentirá con igual fuerza mi corazon cuando la vejez arrugue mi piel y llene de canas mi cabeza. Te ríes? Crees que una vieja enamorada sería cosa inverosímil y extravagante? Los afectos desordenados, únicamente en la juventud merecen disculpa: un sentimiento puro y honrado, á todas las edades les está bien. Amor reprobado por la conciencia, dura poco: amor bendecido de Dios, puede durar eternamente.

JUANA. Música celestial, y nada más que música celestial.

ELISA. No seas hipócrita de vicios. Acaso tú ¿no amas tambien á tu marido?

JUANA. Yo amar á mi marido? Qué gracia! (Con viva indignacion.) Pues no estaría malo! Estas palomitas sin hiel son las que echan á perder á los hombres. Si todas tuviesen mi fibra y mi modo de pensar, ¡pobres de ellos! Nos temerían como á una espada desnuda.

ELISA. El miedo hace esclavos, la esclavitud hace rebeldes.

JUANA. Que si quieres! Con el látigo y la espuela y el freno se doma á un caballo.

ELISA. Ya, pero como un marido no es un caballo...

JUANA. Por eso hay que tirarle más de la cuerda. Si Miguel no me tuviese tanto miedo, ¿quién le sujetaba á mi lado?

ELISA. Antonio se complace en estar conmigo, y los medios de que para conseguirlo me valgo son muy diferentes.

- JUANA. Á ver, á ver.
- ELISA. Disponer las cosas de manera que en ninguna parte se halle tan á gusto como en su casa, quererle más cada día, y respetar en todo su voluntad.
- JUANA. Aunque se le antoje ir á las máscaras?
- ELISA. Haga el cielo que nunca se le antoje cosa peor.
- JUANA. Mira que si á un marido se le deja pasar la primera, luego no hay forma de atarle corto.
- ELISA. Como yo no quiero atar al mío corto ni largo...
- JUANA. Mira que un bailecito de máscaras puede traer mucha cola.
- ELISA. Ni Antonio ni Miguel están ya en edad de hacer el oso.
- JUANA. Forzosamente han de hacerle hasta que se mueran. Si el hombre no es más que un oso disfrazado.
- ELISA. Á todos los tienes por iguales?
- JUANA. Por iguales no. Unos son malos...
- ELISA. Y otros buenos.
- JUANA. Bueno? Ninguno.
- ELISA. Pues el que no es malo, ¿qué es?
- JUANA. El que no es malo, hija mía, es peor.
- ELISA. Mirame.
- JUANA. Ya te miro.
- ELISA. Qué tal te parezco?
- JUANA. Pasaderilla.
- ELISA. Nada más?
- JUANA. Ay, qué fátua!
- ELISA. Sería hacerme poco favor suponer que Antonio puede enamorarse de otra tan fácilmente.
- JUANA. Es que para un marido toda mujer lleva á la suya una gran ventaja.
- ELISA. Cuál?
- JUANA. La de no ser suya.
- ELISA. Cada loco con su tema. De almas nobles es confiar.
- JUANA. Y desconfiar de gente avisada.
- ELISA. De necios creo yo, porque con la desconfianza no se evita el engaño.
- JUANA. Pues no hay más que hablar: es cosa averiguada que

los santos van á los bailes de máscaras, y que van con el solo fin de darse golpes de pecho. Elisa, piénsalo bien ántes de responderme. Quieres ó no quieres formar conmigo alianza defensiva y ofensiva?

ELISA. No estoy en guerra con nadie, gracias á Dios.

JUANA. Quieres ó no quieres impedir que Antonio se vaya esta noche de picos pardos?

ELISA. Con qué derecho? Cómo?

JUANA. Con qué derecho? Con el que asiste á toda mujer de impedir que su marido se divierta solo. Cómo? Sacándole los ojos, si fuese preciso.

ELISA. Así piensas tú evitar que Miguel vaya al baile?

JUANA. Y tanto como lo evitaré!

ELISA. Allá lo veremos.

JUANA. Evitarás tú que Antonio vaya diciendo á todo amen?

ELISA. Quién sabe? Han llamado?

JUANA. Me parece que sí. Será él?

ELISA. Sin duda.

JUANA. Me alegro: sentía irme sin decirle una palabrita al oído.

ELISA. Y ¿á qué fin?...

JUANA. Temes que me le coma?

ELISA. (Verle ahora con esta mujer delante, que lo echará todo á perder!...) Pues ahí te quedas. Voy á dar una vuelta por la cocina, no sea que haga la Petra con mis guisos algun desaguisado.

JUANA. Qué importa si él no los ha de probar?

ELISA. Toma, y yo?

JUANA. Qué, tú cenarás?

ELISA. Claro está que sí. Y me tocará racion doble.

JUANA. Ay, qué alma de cántaro!

ELISA. Qué quieres? Así me hizo Dios.

JUANA. Te daría azotes como á un niño chiquito.

ELISA. No te vendrían á tí mal unos cuantos. (Váse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA III.

JUANA, y en seguida ANTONIO.

JUANA. Esta mujer tiene en las venas horchata de chufas. Qué bien empleado le estaría que su señor marido le diese un buen chasco! Y se lo dará: por fuerza se lo dará. Y ¡cuánto me alegraré de que lleve su merecido!

ANT. No es ella. (Desde la puerta del foro, mirando á Juana.) Ah, Juanita, ¿es usted? (Conociéndola y acercándose.)

JUANA. Me parece que sí. (Desdeñosamente.)

ANT. Buenas noches. (Algo desconcertado.)

JUANA. Buenas las tenga usted. (Sin mirarle apenas.)

ANT. Sopla mal aire?

JUANA. Usted dirá.

ANT. Yo?

JUANA. Usted que viene de la calle.

ANT. (Tiene esta buena señora una habilidad para sacarme de mis casillas.)

JUANA. Ha de saber usted que Miguel no irá al baile esta noche. (Acercándose á él de pronto con resuelto ademán.)

ANT. Usted?... (Turbado.) Ah!...

JUANA. Usted?... (Remedándole.) ¿Qué?

ANT. (Miguel me había dicho que su mujer no sabría nada.)

JUANA. Se ha quedado usted mudo?

ANT. Señora... yo... Miguel...

JUANA. Mudo no, pero lo que es tartamudo... Esa gracia nada más le faltaba á usted.

ANT. Creía... me figuraba...

JUANA. Seguro: tartamudez, incurable.

ANT. (Esta señora... Ay qué señora de mis pecados!)

JUANA. Quiere usted hablar ó no? (Bruscamente.)

ANT. Pero ¿qué quiere usted que diga? (Con despecho.)

JUANA. Es verdad; nada me puede usted decir.

ANT. Ya que usted lo conoce... (Sentándose.) Con permiso de usted.

- JUANA. Usted le tiene. (Pausa.) Cree usted que le está bien á un hombre casado que ya no es un niño?... (Acercándose á él otra vez como ántes.) Qué niño! Cuántos años tiene usted?
- ANT. Qué sé yo? (Con enfado.)
- JUANA. Claro: son ya tantos que se pierde la cuenta. Usted es una de esas personas que no cambian nunca de fisonomía. Desde que yo era una muñeca, le conozco á usted con la misma cara.
- ANT. Como que no tengo otra.
- JUANA. Calle usted... Sí... Lo ménos... lo ménos... cuarenta muy corridos.
- ANT. Señora! (Levantándose de pronto.) Ni corridos ni sin correr. Treinta y seis cumpliré la semana que viene.
- JUANA. Treinta y seis! Ya baja!
- ANT. Ni baja ni sube. Treinta seis.
- JUANA. Y aunque no sean más que cuarenta ó cuarenta y dos, ¿cree usted que le está bien á un hombre casado que casi casi peina canas?...
- ANT. Yo canas?
- JUANA. Vamos al decir.
- ANT. Y ¿á qué decir lo que no es verdad?
- JUANA. La verdad es que usted haría muy mal en asistir á un baile de máscaras, diversion propia únicamente de muchachos insustanciales y de gentecilla de poco más ó ménos.
- ANT. Pero á usted, ¿qué le importa?...
- JUANA. Me importa mucho: si usted va, tambien querrá ir el otro zángano.
- ANT. El otro zángano hará lo que estime más oportuno: este zángano ya sabe lo que ha de hacer.
- JUANA. Lo que es hoy, se quedará usted con las ganas de satisfacer el antojo.
- ANT. Basta que usted lo quiera. (Irónicamente.)
- JUANA. Y si tambien lo quiere Elisa?
- ANT. Pues qué, Elisa?...
- JUANA. (Ya se turba.)
- ANT. Le ha dicho usted?...

- JUANA. Sí señor; se lo he dicho.
- ANT. (Mejor. Yo no sabía cómo empezar.) Y ¿qué, se ha enojado un poquillo? (Con pena y timidez.)
- JUANA. Oh! (Con mucho énfasis.)
- ANT. Se ha enojado, eh?
- JUANA. Se ha puesto furiosa.
- ANT. Furiosa!
- JUANA. (Así le meto miedo, y cede de fijo.)
- ANT. Furiosa! Una mujer que parecía incapaz de enfadarse. Ya se ve: como esta es la primera vez que trato de hacer una cosa contra su gusto.
- JUANA. Ha llorado, ha rabiado, ha pataleado.
- ANT. Digo, ¡ha pataleado! (Y esta lo contará, y luego me llamarán Juan Lanas en el café.)
- JUANA. Y lo que ella ha echado por su boca! Hombre sin seso, mal marido, monstruo...
- ANT. No quiero saber más: calle usted.
- JUANA. Y está decidida á no dejarle á usted salir esta noche.
- ANT. Sí, ¿eh?
- JUANA. Sí señor. Conque haga usted bien á bien lo que al fin y al cabo ha de hacer por fuerza.
- ANT. Por fuerza, sí señora. (Paseándose por la escena muy agitado.)
- JUANA. Y no será malo que escriba usted á Miguel dos renglones, que yo me encargaré de darle, exhortándole á seguir el ejemplo. (Siguiéndole.)
- ANT. Sí, señora, sí, en eso estoy.
- JUANA. Feliz idea, ¿no es verdad?
- ANT. Muy feliz.
- JUANA. Pues ea, venga esa cartita. Cuanto ántes mejor.
- ANT. Como no vea usted más carta que la que yo le dé...
- JUANA. No quiere usted dármela?
- ANT. Justo y cabal.
- JUANA. Pero ya que usted no ha de ir...
- ANT. (Deteniéndose.) Que yo no voy?
- JUANA. (Deteniéndose.) Claro!
- ANT. Turbio!

- JUANA. Irá usted?
- ANT. Y tres más!
- JUANA. Ó tres ménos. Y Elisa?
- ANT. Bonito es el niño para dejarse sopapear de nadie.
- JUANA. No, lo que es bonito... (Antonio hace un gesto de desagrado.) Pero como ella se mantendrá en sus trece...
- ANT. Pero como yo me mantendré en mis catorce... (En el mismo tono que Juana.)
- JUANA. Y habrá la de San Quintín.
- ANT. Aunque haya la de Roncesvalles.
- JUANA. Pues Miguel no le acompañará á usted. Lo que es eso...
- ANT. Ya! Porque Miguel se deja gobernar como un chiquillo...
- JUANA. Porque atiende á razones.
- ANT. Porque tiene miedo de su mujer... Porque es un cobarde... un Juan Lanas.
- JUANA. Cuidadito con que se nos vaya la lengua...
- ANT. Los hombres han de hacer siempre su santísima voluntad.
- JUANA. Por supuesto!
- ANT. Y las mujeres, chitito, y bajar la cabeza, y sufrir por Dios.
- JUANA. Oiga el mosquita muerta, y cómo saca los piés del plato.
- ANT. Mosca, una que yo me sé. Pero ¡qué mosca tan pesada!
- JUANA. Lo que es á mí no me la ha pegado usted, amiguito.
- ANT. Lo celebros, amiguita.
- JUANA. Bien convencida estaba yo de que tiene usted metida en un puño á la pobre Elisa.
- ANT. Otros suponen que ella me mete á mí en cintura.
- JUANA. Como que es usted un hipocritón. Hipocritón!
- ANT. Juanita!
- JUANA. Quite usted de ahí, que debería caérsele la cara de vergüenza.
- ANT. Señora!
- JUANA. Si no hay uno que no merezca estar en presidio!
- ANT. Gracias.

- JUANA. Abandonar el tálamo conyugal!
- ANT. Dale!
- JUANA. Pasar toda una noche fuera del hogar doméstico!
- ANT. Ya escampa!
- JUANA. Turbar la paz de la familia!
- ANT. Otra te pego?
- JUANA. Y todo por qué? Por satisfacer un capricho ridículo y necio: por ir á un baile de máscaras. Y ¿á qué van los condenados á un baile de máscaras, sepamos, á qué van?
- ANT. Ni el martirio de San Lorenzo! ..
- JUANA. Á emborracharse!
- ANT. Advierta usted...
- JUANA. Á retozar con mujercillas de medio pelo!
- ANT. Mire usted que...
- JUANA. A tunantear, y nada más que á tunantear!
- ANT. Yo...
- JUANA. Es una calaverada!
- ANT. Usted...
- JUANA. Una picardía!
- ANT. Qué haría yo con ella?
- JUANA. Una infamia!
- ANT. Jesús!
- JUANA. Una villanía que no se debe tolerar, que clama al cielo, que pide venganza... (Aquí Antonio, fuera de sí, empezará á decir lo que sigue á esta relacion de Juana, de suerte que los dos hablarán al mismo tiempo; y ambos irán progresivamente esforzando más la voz y expresándose con mayor rapidez y vehemencia, como si cada uno de ellos quisiera á todo trance ser oído del otro.) Pero ¿qué importa? En cumpliendo ustedes su gusto, arda Troya, y salga el sol por Antequera! Y luego si una se deja llevar del despecho y da algun tropiezo, será cosa de alquilar ventanas para oírlos á ustedes. Pues no señor: llegó la hora de que se acaben los privilegios; hay que abolir la ley del embudo; donde las dan las toman: y si ustedes se empeñan en hacer de las suyas, justo es que nosotras también hagamos de las nuestras, y ya se verá quién las hace peores.

- ANT. Señora, que esto pasa ya de castaño oscuro! Calle usted por las once mil vírgenes, y no se meta en camisa de once varas, y lo que no ha de comer, déjelo cocer. Á usted no le han dado vela para este entierro, y es temeridad provocar á un hombre con obstinacion tan maldita, sin considerar que ya no hay santos en el mundo, y que la paciencia se acaba, y que yo puedo cansarme al fin, y perder el juicio, y echarlo todo á rodar!
- JUANA. Me parece, me parece que se está usted desentonando.
- ANT. Tengo muy mal oído.
- JUANA. Será preciso decirle á usted las cuatro verdades del barquero.
- ANT. Mire usted, Juanita: el barquero no dijo cuatro verdades, sino cinco; y si usted me dice las cuatro, yo tendré que decirle á usted la última, que es la mejor.
- JUANA. Recuerde usted que habla con una señora.
- ANT. Procure usted no hacérmelo olvidar.
- JUANA. Es usted un puerco espin.
- ANT. Y usted una hiena.
- JUANA. Si no mirara... (Adelantando un poco hacia Antonio y mirándole sañudamente.) Quede usted con Dios! (Cambiando repentinamente de tono. Váse muy de prisa por la puerta del foro.)
- ANT. Vaya usted... con dos mil de á caballo. (Cuando Juana ya ha desaparecido.) Quién resiste á una mujer así? (Andando por la escena como procurando tranquilizarse.) Por más cachaza que uno tenga... (Juana sale por la puerta del foro con paso acelerado, coge una silla y la deja caer de golpe cerca de Antonio.)
- JUANA. Siéntese usted.
- ANT. Para qué?
- JUANA. No espera usted á Miguelito? Pues espérele usted sentado. (Váse por el foro.)
- ANT. Dios me valga. Hay que tomar una resolucion. Cuando ella vuelva á echarme la vista encima!...
- JUANA. Creo haberle manifestado á usted que Miguel no vendrá. Y no vendrá! (Asomándose á la puerta del foro. Vuelve

- á irse en seguida.)
- ANT. Qué furia! Se ha propuesto acabar conmigo. Estoy rendido... atolondrado...
- JUANA. Sabe usted lo que digo? (Presentándose otra vez en la puerta del foro.)
- ANT. Ave María Purísima!
- JUANA. Sabe usted lo que digo? (Avanzando un poco y alzando mucho la voz.)
- ANT. Qué dice usted? (Gritando también.)
- JUANA. Que si fuera usted mi marido!...
- ANT. Pues si usted fuera mi mujer!...
- JUANA. Ay, ojalá, ojalá, ojalá! (Vuelve á irse precipitadamente.)

ESCENA IV.

ANTONIO.

Habrà que llamar al inspector de vigilancia... Tendré que avisar á la parroquia para que toquen á fuego... (Asómase á la puerta del foro.) Oh! Lo que es ahora parece que se va. (Mirando hacia fuera.) Sí... se va... se va... se fué! Ay, gracias á Dios! (Respirando con fuerza y volviendo al proscenio.) Razon tiene Miguel al asegurar que toda mujer es mala, y pésima la propia. Ahí está la mfa. Ha sido una malva, una excepcion de la regla, mientras no se le ha dado el menor motivo de disgusto. Cuando uno no quiere, dos no riñen. Pero ocúrreseme una vez ir á un baile de máscaras, y cátese usted á la señora llorando, pataleando, poniendo el grito en el cielo. Pues á fe que no ha de volverme á decir Miguel que aun no he salido de tutela... No, señor. Vida nueva. Á mí no me acomoda estar en ridículo. Esta noche al baile. Pues no que no! Y yo, necio, que sentia una pena tan grande... De qué le sirve á uno ser bueno? Tendremos quimera. Mejor. Así como así nuestra existencia, de puro pacífica, empezaba á pecar de monotona y empalagosa. Lo que dice Miguel: cuando los casados no riñen, ¿qué harán en todo el día y toda la noche? Y que

:

tengo curiosidad de ver cómo se enfada mi mujer. Aunque como no estoy acostumbrado á reñir con ella, temo... Valor! Es preciso tener carácter. Mi decoro... mi dignidad de marido... Oh, sí; mi dignidad... A qui viene. Dios quiera que grite mucho... porque así yo... (Se sienta á la izquierda, dando la espalda á Elisa, que sale por la derecha.)

ESCENA V.

ANTONIO y ELISA.

ELISA. Hola, caballero. Bien ha tardado usted esta noche.
(Con cariñosa jovialidad.)

ANT. (Ya empieza.) No... Sí... Algo... El café... (Sin cambiar de postura ni volver la cabeza hacia donde está Elisa.) Hay crisis: el ministerio ha presentado su dimision.

ELISA. Y lo peor es que viene usted tarde y con daño.

ANT. Con daño, eh? (Muy bien que se explica.)

ELISA. Juana me ha dicho que vas al baile del Teatro Real.

ANT. Cierto... sí... Voy con Miguel. (Ahora será ella.)

ELISA. Y sepamos: por qué me lo has tenido oculto? Es usted un grandísimo pícaro. (Acercándose á su marido y poniéndole afectuosamente las manos sobre los hombros.)

ANT. (No hay más; va á tirarme un pellizco. Miguel dice que su mujer se los tira muy buenos.)

ELISA. No me respondes? Estás enfadado conmigo? Á ver: vuelve esa cara. (Asiéndole la cabeza, y haciéndole que vuelva el rostro hacia ella.)

ANT. Eh! (Sobresaltado, como temiendo que su mujer le vaya á hacer algun daño. Ambos se quedan mirándose el uno al otro.)

ELISA. Já, já, já. (Riéndose y separándose un poco de Antonio, que permanece en la misma postura.) Qué cara de simple tienes esta noche!

ANT. (Está visto: su plan es burlarse de mí. Empezaré yo el ataque. No hay otro remedio.) (Con tono muy grave.) Señora!

ELISA. Caballero! (Con el mismo tono y sonriéndose.)

- ANT. Nada de broma, señora, nada de broma.
- ELISA. Pero ¿qué quiere decir esto? Estás en tu juicio?
- ANT. No creo que sea delito tan grande ir á un baile de máscaras.
- ELISA. Delito? Pues ya se ve que no lo es.
- ANT. Pues no siéndolo, no veo motivo para que usted se ponga furiosa.
- ELISA. Furiosa? Ay Antonio, tú debes estar malo.
- ANT. No vale disimular. Lo sé por Juanita.
- ELISA. Ya caigo. Pobre Antonio! Juana te ha engañado como á un chino.
- ANT. Como á un chino?
- ELISA. Ó como á un tonto: lo que quieras. Ella es la que está furiosa, y quería que yo lo estuviese también; pero ¿por qué he de llevar á mal que satisfagas un capricho tan inocente? Sentí al principio que me lo hubieses ocultado, pero luego comprendí que tu silencio no tenía más causa que el temor de darme una pesadumbre, y bien sabe Dios que este nuevo indicio de la bondad de tu carácter me ha conmovido profundamente. Yo enojarme contigo? Cá! no lo creas. Estoy muy convencida de que mi Antonio es incapaz de hacer nada malo. Tengo más confianza en este corazoncito que en el mío propio.
- (Tocando á Antonio en el pecho con la mano.)
- ANT. Ya decía yo... Si no cabía en lo posible... Canario con la Juanita, y qué mentir tan descarado!... Tú sí que eres buena! Tú sí que eres un ángel!
- ELISA. Grande hazaña á fe mía no oponerme á que vayas á un baile de máscaras.
- ANT. Eso es hablar en razón. Sin embargo, cada cual tiene su genio, y... la verdad... aunque ahora te enfadases un poco...
- ELISA. Pues nada, no me enfado ni poco ni mucho.
- ANT. Que no? (Con disgusto.)
- ELISA. Al contrario: me alegro.
- ANT. Que te alegras! (Con ira.) Y ¿por qué te alegras, vamos á ver?

- ELISA. Pregunta excusada: No he de alegrarme de que vayas á divertirme?
- ANT. Ya!
- ELISA. Pues!
- ANT. (Mire usted por dónde me sale ahora! Yo que esperaba que pusiese el grito en el cielo!)
- ELISA. Y no sé qué haces ahí papando moscas.
- ANT. Pues ¿qué he de hacer?
- ELISA. Vestirte. Á qué esperas? Todo lo tienes preparado. Anda, que es tarde.
- ANT. Ya voy. (Sentándose junto á la chimenea y calentándose las manos.)
- ELISA. Ya voy, y te sientas?
- ANT. No corre tanta prisa.
- ELISA. Te conozco yo á tí muy bien! Eres un perezoso, y por no vestirti ahora de piés á cabeza...
- ANT. Con efecto, que la broma es algo pesada.
- ELISA. Á vestirse, y fuera pereza. (Empujándole para que se levante.)
- ANT. Paciencia y barajar! (Levantándose de mala gana.)
Ay qué gusto y qué placer
y es cosa rica... (Canturreando el tango que lleva esta letra, y dirigiéndose muy despacio hacia la puerta de la derecha del primer término.)
- ELISA. (Se va!) (Afligida.)
- ANT. El bailar el minué...
- ELISA. (Siento una pena!...)
- ANT. Con la Francisca. (Entrando por la puerta ántes indicada.)
- ELISA. Y mira que si te volvieses atrás!... (Con tono muy enérgico y amenazador.)
- ANT. Qué? (Volviendo á la escena.)
- ELISA. Que por la primera vez de mi vida te llevaría la contraria.
- ANT. Oiga! (Tendré que no ir para dar prueba de carácter!) (Con aparente cólera, y dando á entender á pesar suyo que se alegraría de verse precisado á tomar esta resolución.)
- ELISA. Aún no me has visto á mí enfadada!

- ANT. Y si se me antojara quedarme?
- ELISA. No te quedarías!
- ANT. Á mí con esas? Pues me quedo (Sentándose.)
- ELISA. De veras? (Con íntima alegría, y dirigiéndose á su marido como para abrazarle. Oyése un campanillazo.)
- ANT. Oh! (Levantándose de pronto muy sobresaltado.) Será Miguel! Y aun estoy sin vestir! Entretenle un poco. Malhaya amen mi suerte! (Váse precipitadamente por la primera puerta de la derecha.)
- ELISA. Se me va! Murió mi esperanza! Y qué buen día elige para darme esta pesadumbre. Válgame Dios! (Se sienta.)
- ANT. No era Miguel? (Dentro.)
- ELISA. Por lo visto.
- ANT. Y quién sería?
- ELISA. Pedro quizá.
- ANT. Había salido?
- ELISA. Así parece. Traerá el pavo trufado... el burdeos... Qué lástima de cena! (Pausa.) Antonio.
- ANT. Qué?
- ELISA. Haz cuenta de que nada te he dicho, y si no tienes gana de baile...
- ANT. Gana? maldita.
- ELISA. Pues mira, lo que es por mí... (Levantándose y dirigiéndose muy de prisa hácia la puerta del cuarto en que está su marido.)
- ANT. Pero la sociedad... los amigos!...
- ELISA. (Amigos de mi alma!) (Deteniéndose.)
- ANT. Y que luego salen con que no hago más que lo que tú quieres.
- ELISA. Eso dicen?
- ANT. Y me llaman... (Sin atreverse á decirlo.)
- ELISA. Qué? (Con viveza.)
- ANT. Me llaman Juan Lanas. (Asomando la cabeza por la puerta.) Aunque supiera que en el baile había de dar un estallido!... (Retírase adentro.)
- ELISA. Qué han de hacer los bribones sino reirse de los hombres de bien? Se conoce aquí más ley que tu voluntad?
- ANT. Cierto que no.

- ANT. Huy!... Huy!... Huy!... (Como tiritando.)
- ELISA. Qué te pasa?
- ANT. Que tengo un tiritón!...
- ELISA. Luégo en bailando ya verás cómo sudas.
- ANT. Sabes, hija, que te vas haciendo muy graciosa! Ay!...
Ay!... (Quejándose.)
- ELISA. Qué ocurre ahora?
- ANT. Que con este pícaro calzado veo las estrellas!
- ELISA. Malo es eso para bailar.
- ANT. Si acabarás de comprender que no está la Magdalena para tafetanes. Que si quieres! (Como hablando consigo mismo muy irritado.) Sí... ya se va abrochando... Maldito sea!...
- ELISA. Cómo se entiende? Maldices?
- ANT. Maldigo este pícaro cuello que me está dando un rato!... Vamos... me ahorcaría! Ayúdame un poco, mujer, porque si no... (Saliendo precipitadamente en mangas de camisa con un cuello postizo sin abrochar por un lado.)
- ELISA. Venga usted acá, don Fuguillas. (Procurando abrocharle el cuello.)
- ANT. Oh!
- ELISA. Qué?
- ANT. Que me ahogas!
- ELISA. Ya está.
- ANT. Pero cómo me aprieta! Cómo me aprieta el condenado. (Estirándose el cuello con la mano violentamente.) Voto va! (Dando una patada en el suelo.) Ay! (Como si se hubiese lastimado un pie.) Quién fuese moro para llevar siempre babuchas! Ay! Ay! (Anda cojeando por la escena.)
- ELISA. Te pondrás un chaleco negro?
- ANT. Negro ó colorado: lo mismo me da. (Elisa entra por la puerta de la derecha y vuelve á poco con un chaleco negro.) Por vida de Miguel! Tome usted amiguitos! El primer hombre que se hizo amigo de otro, ¿en qué estaría pensando? Huy!... (Tiritando, y acercándose á la chimenea.)
- ELISA. Aquí le tienes. (Dándole el chaleco. Le hace el nudo de la corbata.) Sientes frío todavía?

- ANT. Un frío de mil demonios, si los demonios tienen frío.
- ELISA. Debe hacer una noche malísima! Á ver! (Abre el balcón.) Jesús, qué aire!
- ANT. Cierra ahí, mujer! (Arrimándose mucho á la chimenea.)
- ELISA. Un aire glacial. (Sacando una mano fuera del balcón.) Y cae una lluvia tan menudita, tan menudita!
- ANT. Qué placer!
- ELISA. Ay, si es nieve, es nieve! (Con alegría.)
- ANT. Nieve! Y eso te regocija?
- ELISA. Como se ponen los tejados tan blancos...
- ANT. Sí, muy bonito...
- ELISA. Lo malo es que luégo suelen darse unas caídas!... Pepito González se rompió una pierna el año pasado. Mira tú cómo te vuelves á casa mañana.
- ANT. Yo probablemente me romperé las dos... y los brazos tambien. Pero cierra, por la Virgen Santísima. No ves cómo estoy? (Elisa cierra el balcón.)
- ELISA. Hermosa noche! Y al salir de los bailes de máscaras se cogen unas pulmonías!...
- ANT. Antes cogeré un tabardillo pintado.
- ELISA. Quieres el frac?
- ANT. Qué frac ni qué niño muerto? Un *chaquet*: el que más abrigo. (Elisa vuelve á entrar por la derecha y saca un *chaquet* que Antonio se pone, ayudándole ella.) Me daría de testarazos contra la pared de mejor gana que lo digo.
- ELISA. Si que es broma exponerse á tantos peligros por ir á un baile de máscaras. Diversion ménos divertida!... Tantas luces!... Tanta gente!... Aquella confusion!... Aquel ruido insufrible!...
- ANT. Se me pondrá la cabeza como un tambor.
- ELISA. Y á tí que te dan esas jaquecas!...
- ANT. Mira, creo que ya... Con el rato que me ha hecho pasar la Juanita...
- ELISA. Te sientes malo? (Con exagerado interés.)
- ANT. Malo, no. Así... un dolorcillo... (Tocándose la frente.)
- ELISA. Pues mañana, cama de seguro... y mucho quejarse... y...
- ANT. Machaca, hija, machaca! Qué gana de mortificarle á

- uno!
- ELISA. Lo que más siento es que te acompañe Miguel. Es tan provocativo, tan camorrista...
- ANT. Como si lo viera... Será preciso andar á cachetes! Á que todavía no voy?
- ELISA. Sin duda que pasarás una mala noche... una noche infernal... Pero ¿qué remedio? La sociedad... los amigos...
- ANT. Y ¿qué necesidad tengo yo de servir á nadie de juguete?
- ELISA. Ea, Antoñito: un poco de paciencia. Irás, verdad, irás? (Con zalamería, acariciándole.)
- ANT. Iré, sí señora, iré! Y basta de sobo! (Rechazándola con enfado.)
- ELISA. Eh, no hay que amontonarse. Qué bien te has vestido! Ven aquí, te arreglaré un poco para que luégo Miguel no tenga que esperar.
- ANT. Si se le tragase la tierra.
- ELISA. Va á ser necesario darte en la lengua con guindilla. Te has abrochado mal el chaleco.
- ANT. Déjalo.
- ELISA. Quieto. (Le desabrocha el chaleco y vuelve á abrochárselo mientras habla.) Y qué cena te pierdes!
- ANT. Una cena?
- ELISA. Como el otro día te oí quejarte de que se hubiese perdido la costumbre de cenar, y hoy no has comido nada, se me ocurrió prepararte una cena para esta noche. Mira qué tino el mío.
- ANT. Con efecto que la coincidencia es particular!
- ELISA. Verás. Primero una *mayonesa* de lenguado.
- ANT. Caramba! Mi plato predilecto! La has hecho tú?
- ELISA. Yo misma. Y te aseguro que está diciendo comedme.
- ANT. Ya lo creo. Tienes unas manos para guisar!
- ELISA. Luégo un poquito de pavo trufado.
- ANT. Oiga!
- ELISA. Un *chantilly*.
- ANT. Tómame esa!
- ELISA. Una botellita de Burdeos!

- ANT. *Chateau Laffitte?*
- ELISA. Por supuesto.
- ANT. Ni la cena de Baltasar! Y me he de quedar sin probarla!
- ELISA. El lazo de la corbata, deshecho.
- ANT. Qué importa?
- ELISA. Quien te viera así, diría: ¿qué mujer tiene ese hombre? (Le hace el lazo de la corbata.) No, no cenarás por ahí como hubieras cenado conmigo.
- ANT. Qué diferencia! Te aseguro que no hay hombre más desdichado que yo!
- ELISA. Qué poca maña se da Pedro para limpiar la ropa. (Toma un cepillo del velador y cepilla la ropa de Antonio.) Ay hijo, parece que tienes azogue.
- ANT. Pero si...
- ELISA. Quiero yo que te vean curioso las ninfas del baile. En vez de estar mortificado toda la noche con las botas, te habieras puesto las pantuflas.
- ANT. Pantuflas de mi vida!
- ELISA. La bata.
- ANT. La bata! No me la nombres! Y cuidado que el cuellecito me está fastidiando muy ricamente. (Estrirándose otra vez violentamente el cuello de la camisa.)
- ELISA. Aquí mismo, en este velador, al lado de la chimenea, hubiéramos cenado los dos solitos en paz y en gracia de Dios.
- ANT. Agua se me hace la boca de sólo pensarlo. Y me he de ir! Y ¿por qué me he de ir? (Muy furioso.)
- ELISA. No, si no te lo digo yo porque no te vayas. Y no sabes? Ya he aprendido la sinfonía del *Pardon de Proërmel* que tanto te gusta, y pensaba haberla tocado despues de cenar, mientras que tú, muellemente reclinado en esa butaca, mirando con descuido la llama que ya parece que va á morir, que ya chisporroteando se alza de nuevo, en parte roja y en parte azul, blanca ó amarilla, poblado el aire de los vagorosos fantasmas á que da ser el humo del cigarro, yacías sin memoria del mundo ni

de tí mismo, bajo el yugo del dulcísimo bienestar y arrobamiento indefinible.

ANT. Calla, que pierdo la cabeza!

ELISA. Pero ¿qué se ha de hacer? Anda bendito de Dios. Los guantes. (Tomándolos de encima del velador y dándoselos á su marido.)

ANT. El Miguelito y su alma! (Guardándose los guantes con brusco ademán en un bolsillo del chaquet.) Pero señor, si á mí esos jaleos me revientan!

ELISA. Vete, hijo; vete y que buen provecho te haga. El pañuelo. (Dándoselo.)

ANT. Que no se hundiera ahora mismo el Teatro Real. (Tomando con ira el pañuelo y estrujándolo entre las manos.)

ELISA. Eh! Mira lo que haces!

ANT. Ah! (Reparando en el pañuelo y cambiando de tono.) Este pañuelo es nuevo.

ELISA. Sí-

ANT. Qué admirable trabajo! (Observando el bordado.)

ELISA. Te gusta?

ANT. Y por qué me has bordado ahora este pañuelo?

ELISA. Porque... (Turbada.) Ay!

ANT. Qué?

ELISA. Que se me ha desabrochado esta pulsera, y se me iba á caer.

ANT. La que yo te regalé el año pasado. (Abrochándole la pulsera.)

ELISA. El día del aniversario de nuestro casamiento.

ANT. Pues ya lo sé.

ELISA. (Qué torpe, Dios mío!) El doce de febrero.

ANT. No haya miedo que se me olvide á mí nunca esa fecha.

ELISA. Verdad que sí?

ANT. Como que está grabada en mi corazón.

ELISA. Y que bien se conoce!

ANT. Qué!... Calla!... Esa cena... esa pulsera... este pañuelo... Á cuántos estamos? Sí; á doce de febrero. Conque hoy?... Válgame Dios! Hoy es el segundo aniversario de nuestro enlace... Y yo lo había olvidado... y nada

te doy, ni tan solo un ramo de flores... Y quería irme!... Y tú nada decías! Pégame Elisa, pégame: lo merezco: soy un ingrato, un animal! Pero ¡qué animal! El hombre que se avergüenza de amar á su esposa y de ser feliz, debía andar en cuatro piés. Dicen que me dominas. Pues muy bien que dicen. Me dominas con las armas invencibles de la ternura y del amor! Dicen que soy tu esclavo. Mucho que sí! Esclavo aprisionado con cadenas de flores! Dichosa esclavitud!

ELISA. Antonio, Antonio mío, no me hables de ese modo, si no quieres hacerme llorar.

ANT. Lloro! Por qué no? Están las mujeres tan bonitas llorando! Pues si á mí mismo me falta poco... (Haciendo esfuerzos para contener las lágrimas.) Y eso que los hombres segun dicen en el café... Qué diablos! Por qué no han de llorar tambien los hombres cuando les dé la gana? (Dejándose llevar de su emocion y llorando.) Espera. (Váse precipitadamente por la puerta de la derecha.)

ELISA. Adónde vas? Oye. Qué quieres?

ANT. Nada. Vuelvo en seguida. (Dentro.)

ELISA. Pero ¿qué intentas?

ANT. Ahora lo verás.

ELISA. Acaso?... No me atrevo á creerlo... Habla, Antonio, responde: ¿te quedas conmigo? (Con mucha alegría.)

ANT. Pues no que no? (Saliendo muy de prisa. Trae un pie calzado con bota y otro con chinela.) Lo sabrá todo el mundo: se lo diré á cuantos me quieran oír. Para mí no hay más diversion que estar al lado de mi mujer. (Vuelve á irse apresuradamente por el mismo sitio quitándose el chaquet.)

ELISA. Pero ven acá: no te agites de ese modo. Yo te daré lo que quieras.

ANT. No. Pronto acabo. (Dentro.)

ELISA. Cómo podré pagarte nunca tanta bondad!... Sin embargo, si tienes el menor empeño en ir á ese baile...

ANT. Cá! No lo creas. (Saliendo otra vez en mangas de camisa. Trae los dos piés calzados con chinelas y deshecho el lazo de la corbata. Mientras habla se desabrocha el cuello postizo.) Yo

sólo tengo empeño en no separarme de ti. (Quitase con brusco ademán el cuello postizo.) Gracias á Dios! (Movimiento de cabeza en una y otra direccion.) Y si por amar á su esposa está un hombre en ridículo, bueno: yo quiero ser el hombre más ridículo de la tierra! (Éntrase de nuevo corriendo por la derecha.)

ELISA. Virgen Santísima, Virgen de mi corazón, que dicha tan grande! Cómo la merecí? Pero ¿por qué no he de ayudarte? Allá voy. (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.)

ANT. No vengas, no: si ya estoy listo. (Sale otra vez poniéndose la bata.) Y qué bien estoy así! (Restregándose las manos de gusto.) Con que cena exquisita?... Sinfonía del *Pardon de Ploërmel*... Y luego á dormir... El día es para trabajar: por eso hay luz: la noche, para dormir: por eso no se ve. Y si los hombres, que todo lo enredan, no hubieran inventado esas luminarias... (Señalando al quinqué.) Venga un abrazo.

ELISA. Uno? (Se abrazan.)

ANT. Ó dos. (Vuelven á abrazarse.)

ELISA. Ó tres. (Se abrazan de nuevo.)

ANT. Ó mil. (Abraza á Elisa repetidas veces.) Ahora sí que tengo yo ganas de bailar! (Baila con su mujer un vals, tarareando los dos.)

ESCENA VI.

DICHOS y MIGUEL.

Miguel entra precipitadamente por la puerta del foro, con el cabello desordenado y el traje descompuesto, dando señales de cansancio y mirando hacia atrás como si álguien le persiguiese.

ANT. { Oh! (Deteniéndose al ver á Miguel.)

ELISA. {

MIGUEL. Vienes ó no vienes?

ANT. Mira... yo... Me duele tanto la cabeza!...

MIGUEL. Y para curarte sin duda, te habías puesto á bailar. Gran remedio! No te disculpes Antonio: haces muy

bien en no venir. (Mira á cada momento con terror hacia la puerta del foro.)

ANT. Sí? Tú crees?... (Con alegría.)

ELISA. Pero ¿qué tiene usted? Por qué mira de ese modo hacia la puerta?

MIGUEL. Olvida mis bromas y goza en paz de tu ventura. Antes de casarme era yo mejor que tú, y si hubiese dado con una esposa como la tuya!... Pero mi mujer no es mujer: es una arpía, una furia, un demonio, peor que un demonio! Si hubiese un demonio como mi mujer, ¿quién pararía en el infierno?

ANT. Habeis reñido?

MIGUEL. Friolera! Una especie de batalla campal. Oh! (Prestando atención, como si oyese algun ruido, y mirando otra vez muy sobresaltado hacia la puerta del foro.) No, nada. Se me ha colgado de los faldones del gaban... de la corbata, que si tira algo más, me ahoga. Ay, ojalá!

ANT. Ya ves: su genio...

ELISA. Como le quiere á usted tanto...

MIGUEL. Señora! No diga usted eso por los clavos de Cristo! Se acabó: mañana me divorcio.

ELISA. Jesús!

MIGUEL. Ó me suicido.

ANT. Hombre!

MIGUEL. Ó la mato. La mataré probablemente. Me voy antes que... (Óyese un campanillazo muy fuerte y prolongado.) Oh! Lo que yo me temia. Oyen ustedes? Ella es! Por dónde huir? Ah! (Como asaltado de una idea. Abre el balcon.)

ANT. Qué haces?

MIGUEL. Afortunadamente vives en cuarto bajo. Lo mismo me hubiera tirado desde un cuarto tercero. (Desaparece por el balcon.)

ELISA. Miguel! (Yendo hacia el balcon.)

ANT. Repara...

ESCENA VII.

ANTONIO, ELISA y JUANA.

Juana entra corriendo por la puerta del foro con el abrigo torcido y casi cayéndosele por un lado.

- JUANA. Aquí está. No lo nieguen ustedes. Oh! (Viendo abierta el balcón y asomándose á él.) Ha huido por el balcón. Allí va. Infame! (Haciendo ademán de ir á tirarse por el balcón.)
- ELISA. Juana, por Dios! (Cerrando el balcón.)
- JUANA. Buenas noches. (Echa á correr hacia el foro.)
- ANT. Á dónde va usted? (Poniéndose delante)
- JUANA. Al baile.
- ANT. Al baile?
- ELISA. Al baile?
- JUANA. Al baile, sí señor. (Dirigiéndose á Antonio) Al baile, sí señora. (Dirigiéndose á Elisa.) Están ustedes enterados? Al baile. Quieren ustedes que se lo diga otra vez? Al baile! (Gritando con rabia.)
- ANT. No irá usted. (Asiéndole una mano.)
- ELISA. No lo consentiremos. (Asiéndole la otra mano.)
- JUANA. Ea, ea, déjenme ustedes en paz! Que suelten, digo. (Desasiéndose bruscamente de Antonio y Elisa.) Pues si tengo unas ganas de morder!...
- ANT. Caramba! (Separándose de Juana como asustado.)
- ELISA. Quieres dar un escándalo?
- JUANA. Justo, precisamente; eso quiero: escandalizar: que me oigan los sordos! Y usted se queda, eh? (Volviéndose de pronto hacia Antonio y reparando en su traje.) No me faltaba más! (Con despecho.)
- ELISA. Se queda, y yo no me he opuesto á que se vaya. Por qué no has de seguir mi ejemplo?
- JUANA. Tu ejemplo? Infeliz! Ya verás lo que te sucede el día ménos pensado! En dando suelta á los hombres!... Si yo hubiera sujetado más á Miguel, otro gallo me cantaría! Aún es tiempo: voy por él, y desde mañana vida nueva

Un mes de encierro á pan y agua! Le coseré á mis vestidos! No verá nunca el sol sin que yo le haga sombra!

ELISA. Ten juicio.

ANT. Reflexione usted...

JUANA. Para reflexionar está ahora la niña! No va él á divertirse? Pues yo quiero divertirme tambien. Nos divertiremos juntos. Bailaremos la polka, la galop infernal! Y tan infernal como será el bailecito que bailemos los dos!
(Váse corriendo por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

ELISA y ANTONIO.

ANT. Por qué andará suelta esa mujer?

ELISA. Pobre Miguel y pobre Juana!

ANT. Compara la noche que pasarán ellos con la que pasaremos nosotros. Pide la cena. (Arrellanándose en una butaca cerca de la chimenea. Elisa tira del cordon de la campanilla.) Qué feliz es un hombre en su casa con bata y chinelas, arrellanado en una butaca cerca del fuego, y viendo sonreír á una esposa honrada, modesta y afable! Bendito sea Dios que me la dió!

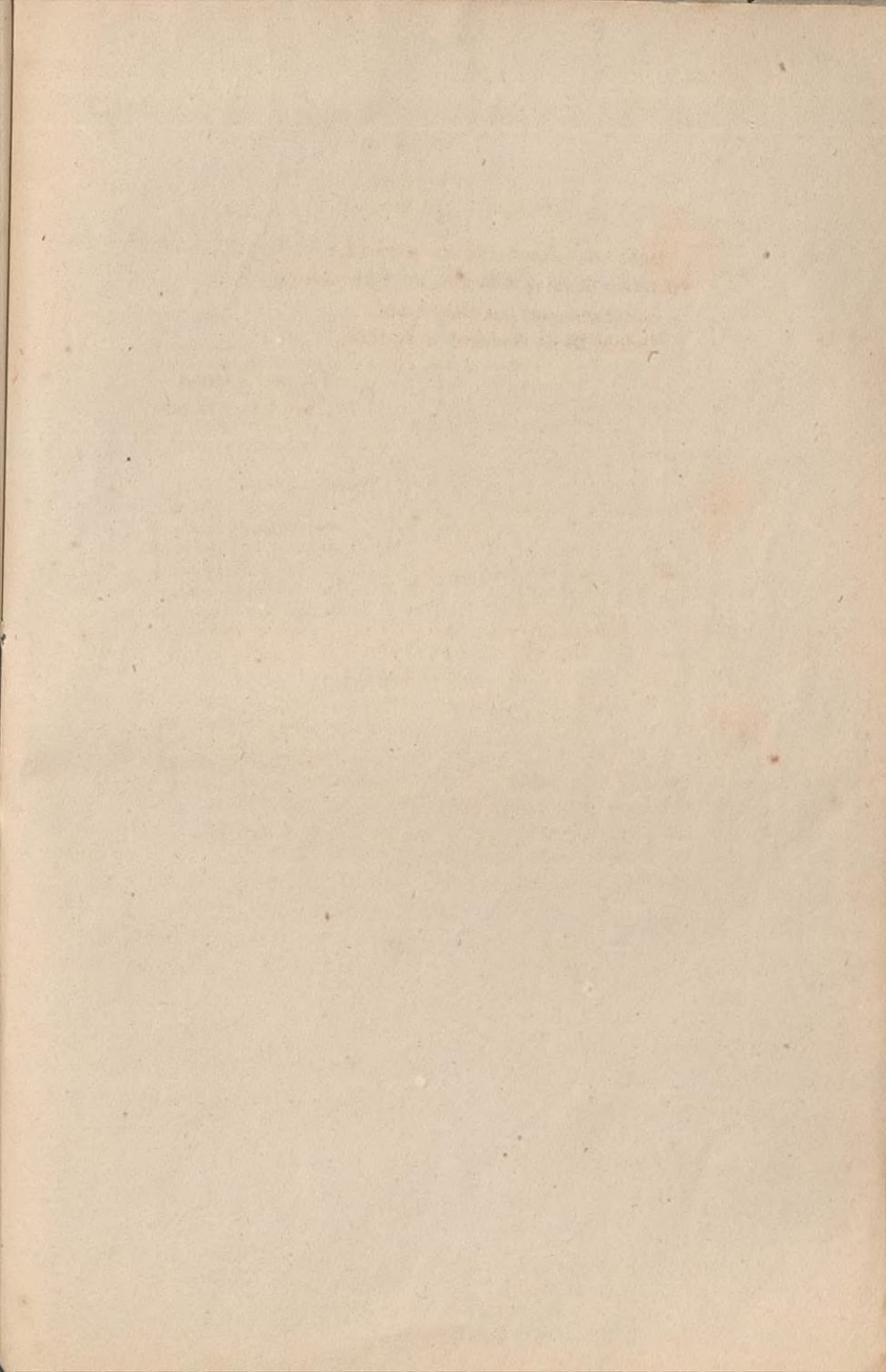
ELISA. Señoras, mías de toda mi consideracion y aprecio: (Recostándose en el respaldo de la butaca en que está sentado su marido, y dirigiéndose al público.) Guárdenme ustedes el secreto, y les diré que los mujeres para dominar á los hombres no deben emplear la fuerza, sino la maña.

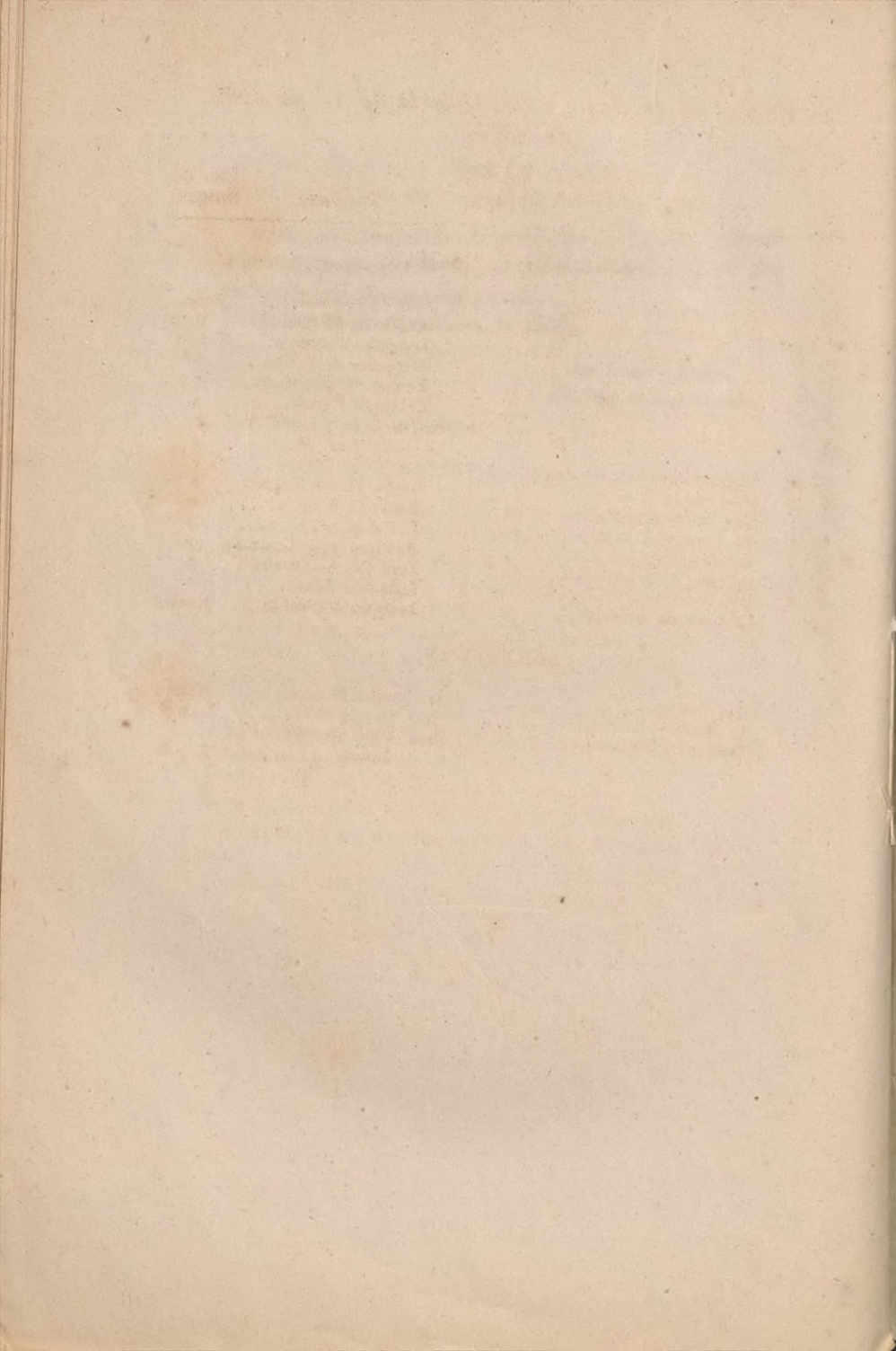
FIN.

**Habiendo examinado este proverbio en un acto, titulado
Más vale maña que fuerza, no hallo inconveniente en que
su representación sea autorizada.**

Madrid 29 de Noviembre de 1866.

El Censor interino,
LUIS FERNANDEZ GUERRA.





AUMENTO al Catálogo de esta Galería de 1.º de Abril
de 1876.

TÍTULOS.		Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde	
COMEDIAS Y DRAMAS.					
2	2		¡El cuchillo de la cocina!	1 D. José de Fuentes.....	Todo.
»	1		El despuntar del día, <i>monólogo</i> .	1 Adolfo de Castro....	»
»	»		El primer desliz—c. a. p....	1 Joaquín Valverde...	»
3	1		El vencedor de sí mismo....	1 D. ^a Mercedes de Velilla..	»
3	2		En el forro del sombrero—j. o. p.	1 D. Fermín M. Sacristán.	»
3	2		En perpétua agonía	1 Salvador Lastra.....	»
4	2		La beata de Tafalla—c. o. v....	1 Sres. Salcedo y Carr. ^o de Albornoz.	»
1	»		La gota de rocío, <i>monólogo</i> ..	1 D. Adolfo de Castro....	»
5	2		Simplezas—j. o. p.....	1 Santa Ana y Jaques.	»
2	3		Una extravagancia—c. o. p..	1 Eduardo Saco.....	»
3	2		Ya pareció el padre—j. a. p..	1 J. Balaguer.....	»
4	2		Antes y despues—c. a. v....	2 Navarro y N. Gonz.:.	»
8	9		Despues de la boda—c. o. p..	3 José Campo-Arana..	»
6	2		Epilogo de una historia—c. o. v.	3 Luis San Juan.....	»
			La fiesta del hogar.....	3 Joaquín Valverde...	Música

ZARZUELAS.

			A los Hombres.....	1 D. Benito Monfort. ...	Música
12	4	c.	El Mesías—o. v.....	3 Sres. Haro y Cabas.....	L. y M.
			Rosier y Tulipán—a. p.....	3 Sres. Pina Domínguez y Lecoq.....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los correspondientes de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.